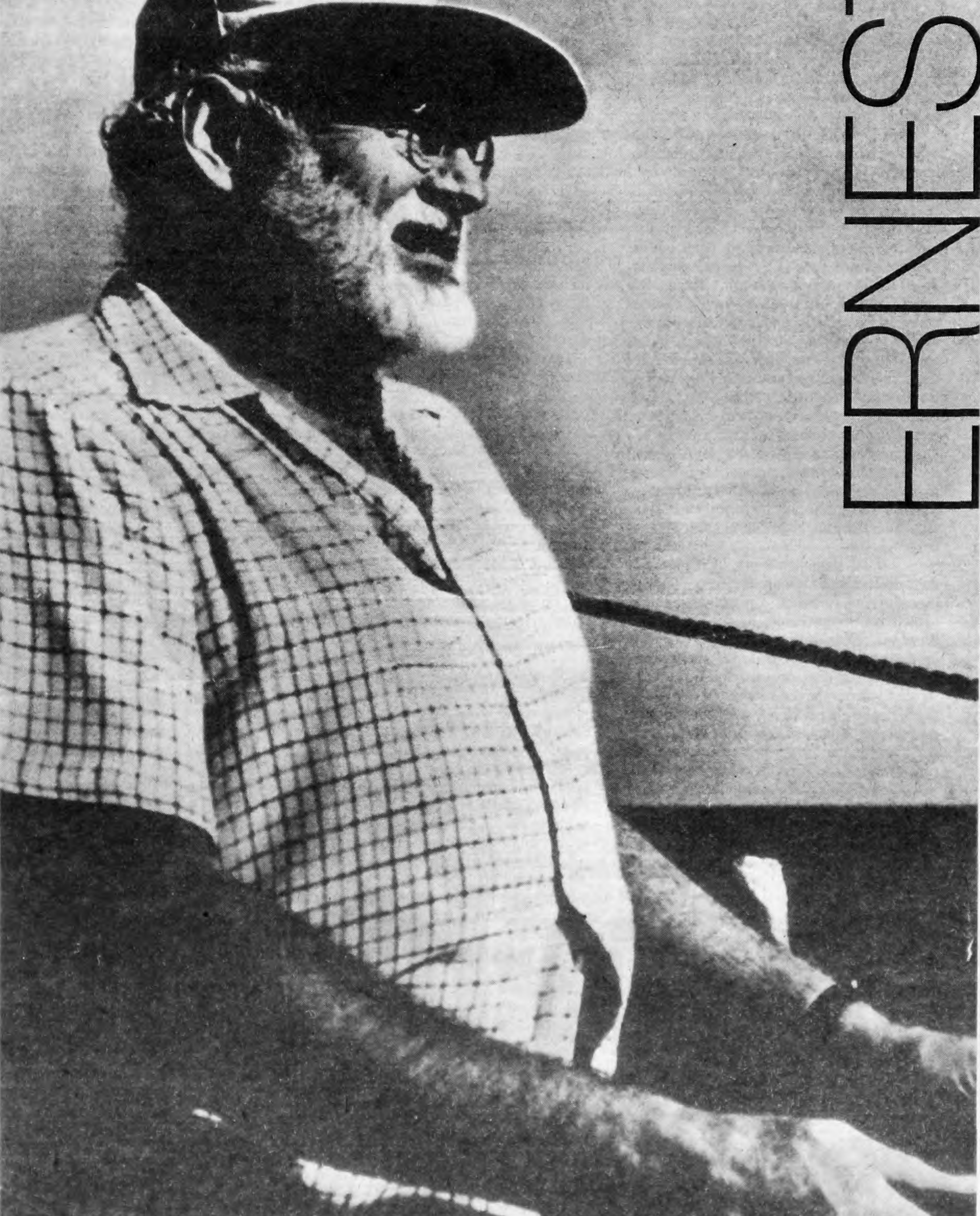
hemingway

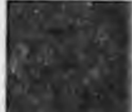
ERNEST



En un momento de la famosa entrevista que le hizo para *The Paris Review* en 1958, George Plimpton le preguntó a Hemingway si creía que la literatura era una forma de autodestrucción. Hemingway le respondió que no, y añadió luego que el periodismo, "llegado a un punto", podía ser "una forma de autodestrucción cotidiana para el escritor creativo serio".

Puesto que Hemingway se suicidó con una escopeta en su casa de Ketchum, Idaho, el 2 de julio de 1961, suele considerarse que la ironía que intentó con Plimpton –que era un escritor creativo serio, pero ante el Premio Nobel de 1954 estaba haciendo de periodista– no le salió demasiado bien. Sin embargo, cuando Hemingway se suicidó ya se hallaba mental y físicamente enfermo, había tenido que abandonar su amada Cuba y había sido hospitalizado varias veces. Por otra parte, su nieta, la modelo y gélida actriz Margaux Hemingway, también se quitó la vida, pero nunca escribió nada de la importancia de *Tener y no tener* (1937).

Ernest Miller Hemingway, nacido en Illinois en 1899, enfrentó a la muerte en numerosas oportunidades. Su impulso autodestructivo lo llevó a ser herido en la Primera Guerra, en la Guerra Civil Española y en la Segunda Guerra, a participar de peligrosos safaris, a estrellarse con un avión en Africa y a practicar los deportes más violentos. Aunque todo eso se refleja en su literatura, en libros como *Hombres sin mujeres* (1927), *Por quien doblan las campanas* (1940) y hasta *El viejo y el mar* (1952), escribir seguramente fue su impulso auto*constructivo*, no autodestructivo: las emociones vicarias nos salvan a todos, autores y lectores, de llevar a la práctica lo que nos susurra nuestra mitad siniestra. El estilo de Hemingway, esas frases cortas y sencillas que marcaron a fuego la literatura del siglo XX, es lo más lejano que hay del borracho vértigo del suicida, que tiende siempre al barroco.



una historia natur

Por Ernest Hemingway

Siempre me pareció que se ha omitido la guerra como campo de observación para el naturalista. Tenemos encantadores y exactos relatos y descripciones de la flora y la fauna de la Patagonia, escritos por el extinto W. H. Hudson; el reverendo Gilbert White ha relatado cosas interesantísimas de las abubillas, en sus ocasionales y poco comunes visitas a Selborne, y el obispo Stanley nos ha dejado una valiosa, aunque popular, *Historia de los Pájaros*. ¿No podemos acaso ofrecer al lector algunos hechos nuevos y racionales acerca de los muertos? Así lo espero.

Cuando el perseverante viajero Mungo Park se hallaba desfalleciente en la vasta aridez de un desierto africano, desnudo y solo, considerando contados los minutos de su vida; cuando no parecía tener otro recurso que dejarse caer y morir, sus ojos se posaron sobre una flor de extraordinaria belleza. "Aunque la planta entera –dijo– no era más grande que uno de mis dedos, no pude completar la delicada conformación de sus raíces, sus hojas y sus flores sin sentir admiración. El ser que había plantado, regado y llevado a la perfección, en esa oscura parte del globo, algo que parecía de tan pequeña importancia, ¿podría contemplar con indiferencia el sufrimiento de las criaturas creadas a su imagen y semejanza? Seguramente, no. Reflexiones como ésta me impidieron entregarme a la desesperación. Olvidando el hambre y la fatiga, seguí adelante, seguro de que el socorro se hallaba cerca, y no quedé decepcionado."

"Con predisposición a maravillarse y adorar de una manera parecida -dice el obispo Stanley–, ¿puede estudiarse cualquier rama de la Historia Natural, sin aumentar la fe, el amor y la esperanza que cada uno de nosotros necesitamos en nuestro viaje por el desierto de la vida?

Veamos, entonces, qué inspiración podemos hallar en los muertos.

En la guerra, los muertos, por lo general, son los machos de la especie humana, aunque esto no ocurre en verdad con los animales, ya que con frecuencia he visto yeguas muertas entre los caballos. Otro aspecto interesante de la guerra es que en ella el naturalista tiene la oportunidad de observar la muerte de las mulas. En veinte años de observación en la vida civil no he visto jamás una mula muerta y comencé hasta a abrigar dudas respecto a que estos animales fueran realmente mortales. En raras ocasiones he visto algo que tomé por una mula muerta, pero una observación más cuidadosa me demostró que eran criaturas vivientes que parecían muertas debido a que se hallaban en absoluto reposo. Pero en la guerra, esos animales sucumben casi de la misma manera que el caballo más común y menos rudo.

La mayoría de las mulas muertas que he visto se hallaban a lo largo de los caminos de montaña o yacían al pie de empinados declives, donde habían sido arrojadas para librar el camino de tales estorbos. Parecían hallarse más en su ambiente en las montañas, donde estamos acostumbrados a su presencia y resultaban menos incongruentes allí que donde las vi más tarde, en Esmirna, donde los griegos después de romper las patas a todos los animales que transportaban sus bagajes, los arrojaron desde el muelle al agua para ahogarlos. Aquella multitud de mulas y caballos con las patas rotas ahogándose en las aguas poco profundas, exigía un Goya para que los pintara. Aunque, hablando literalmente apenas podríamos aceptar la idea de que pidieran un Goya, puesto que sólo hubo un Goya –muerto hace mucho tiempo–, y es dudoso en extremo que si esos animales hubieran podido pedir algo, prefirieran una representación pictórica de su situación, en lugar de exigir que los ayudaran en su horrorosa condición.

Con respecto al sexo de los muertos, es un hecho que nos acostumbramos tanto a que todos los muertos sean hombres, que la vista de un cadáver de mujer resulta casi chocante. La primera vez que tuve ocasión de contemplar la inversión del sexo habitual de los muertos fue después de la explosión de una fábrica de materiales de guerra, situada en la campiña cercana a Milán, en Italia. Llegamos a la escena del desastre en camiones, por caminos sombreados por álamos y bordeados de estanques que contenían múltiples diminutas vidas animales, que no pude observar claramente debido a las grandes nubes de polvo que levantaban los vehículos. Al llegar donde había estado la fábrica de municiones, algunos de nosotros fuimos destinados al patrullaje alrededor de grandes depósitos de municiones, que por una u otra razón no habían estallado. Otros recibieron la orden de combatir un fuego que se había extendido a los campos adyacentes. Al concluir esta última tarea se nos ordenó efectuar la búsqueda de cadáveres en la inmediata vecindad y los alrededores. Hallamos y llevamos a una "morgue" improvisada una buena cantidad de ellos, y debo admitir con franqueza que me sentí asombrado de ver que éstos eran de mujeres, en lugar de hombres, como habitualmente. En aquella época las mujeres no habían comenzado a llevar todavía los cabellos cortos como lo hicieron años más tarde en Europa y América, y lo más perturbador, tal vez, debido a que no era lo que estábamos acostumbrados, fue la presencia y en ocasiones la ausencia de cabellos largos. Recuerdo que después de haber buscado muertos completos, comenzamos a recoger fragmentos. Muchos de éstos se hallaban alejados de las alambradas de púas que rodeaban la fábrica y por las partes todavía existentes, de las que hallamos muchas, lejos del perímetro de la fábrica, pudimos darnos cuenta cabal de la tremenda fuerza de la explosión.

A nuestro retorno a Milán, recuerdo que uno o dos de nosotros hablamos del caso y estuvimos de acuerdo en que la calidad de irrealidad y el hecho de que no hubiera heridos, había quitado al desastre mucho del horror que podría haber tenido. El agradable aunque polvoriento retorno a través de la hermosa campiña lombarda también fue una compensación por la desagradable tarea cumplida. Y al volver, mientras cambiábamos impresiones, estuvimos de acuerdo en que había sido en realidad afortunado que el fuego –que había estallado justamente antes de que llegáramos– fuera dominado con tanta rapidez y antes de que alcanzara los grandes montones de municiones que no habían estallado. Estuvimos también de acuerdo en que el recoger los fragmentos era una tarea extraordinaria y que resultaba asombroso que el cuerpo humano volara en pedazos, no siguiendo las líneas anatómicas normales, sino tan caprichosamente como la fragmentación de una granada explosiva.

Un naturalista, para lograr exactitud en sus observaciones, debe restringir éstas a un período limitado. Tomaré pues, en primer lugar, el que siguió a la ofensiva austríaca de junio de 1918, en Italia, como uno de aquellos en que los muertos se hallaron en mayor número. El ejército austríaco se había visto obligado a hacer una retirada forzosa y luego un avance para recuperar el terreno perdido, de modo que, después de la batalla, las posiciones eran casi las mismas, excepto por la presencia de los muertos. Hasta que se entierran, los muertos cambian de aspecto cada día. El cambio de color en la raza caucásica es del blanco al amarillento, del amarillento al verde, y de éste al negro. Si se deja lo bastante al calor, la carne comienza a parecerse al alquitrán de hulla, especialmente en las heridas desgarrantes, donde se hace visible con claridad la iridiscencia del alquitrán de hulla. El muerto se agranda cada día que pasa hasta que, a veces, se hace demasiado grande para su uniforme, llenándolo hasta que éste parece estar lo suficientemente ajustado para estallar. Los miembros pueden aumentar en toda su periferia hasta un tamaño increíble y las cabezas llegan a estar tan tensas y redondeadas como los globos aerostáticos. Lo que más sorprende, luego de su progresiva corpulencia, es la cantidad de papeles que se encuentran diseminados alrededor de los muertos. Su posición final, antes de ser enterrados, depende en gran parte de la colocación de los bolsillos en sus uniformes. En el ejército austríaco, esos bolsillos se encuentran en la parte posterior de los *breeches*, y a poco, todos yacen, en consecuencia, boca abajo con los dos fondillos de los bolsillos vueltos del revés y todos los papeles que tenían en los bolsillos diseminados en la hierba, a su alrededor. El calor, las moscas, las posiciones de los cuerpos en el campo de batalla, y la cantidad de papel diseminada a su alrededor son impresiones que se retienen. No puede recordarse, en cambio, el olor de un campo de batalla en tiempo caluroso. Se recuerda que tal olor ha existido, pero nada que nos ocurra podrá hacerlo volver a nuestra pituitaria. Es distinto al olor de un regimiento, que puede llegarnos de pronto mientras viajamos en un automóvil por la calle. Al mirar por las ventanillas, distinguimos perfectamente a los hombres que lo han traído a nuestra nariz. Pero el anterior desaparece por completo de nuestra memoria olfativa, tal como cuando hemos estado enamorados: recordamos las cosas que han ocurrido, pero no podemos reconstruir la sensación.

> **"Lo primero que se observa en los muertos es que, malheridos, mueren como animales. Algunos perecen rápidamente de una herida tan pequeña que no se creería capaz de matar a un conejo."**

Nos preguntamos qué podría haber hallado aquel perseverante viajero, Mungo Park, en un campo de batalla, para restaurar su confianza. Siempre hay amapolas entre el trigo a fines de junio y julio; y los árboles de morera se hallan cubiertos de hojas. Pueden verse las ondas de calor elevarse de los cañones ocultos, donde el sol los alcanza a través de la pantalla de las hojas. La tierra se vuelve de un amarillo brillante en los bordes de los agujeros donde cayeron las granadas de gas de mostaza. Pocos viajeros respirarían a pleno pulmón el aire del temprano verano y menos aún pensarían como Mungo Park, en aquellos formados a Su propia imagen.

Lo primero que se observa en los muertos es que, malheridos, mueren como animales. Algunos perecen rápidamente de una herida tan pequeña que no se creería capaz de matar a un conejo. Mueren de pequeñas heridas, como los conejos mueren a veces por dos o tres granos de munición que apenas parecen haberles tocado la piel. Otros mueren como gatos; con el cráneo roto y un trozo de hierro dentro del cerebro; quedan allí tirados durante dos días, como los gatos que se arrastran hasta la carbonera con una bala en el cerebro y no mueren hasta que alguien les corta la cabeza. Tal vez los gatos no mueran entonces, ya que dicen que tienen siete vidas; no lo sé, pero la mayoría de los hombres, en la guerra, mueren como animales, no como hombres. Nunca había visto lo que llaman muerte natural, de modo que culpaba de la muerte a la guerra, y como el perseverante viajero, Mungo Park, sabía que existía algo más, ese algo más siempre ausente. Por fin lo vi.

La única muerte natural que observé, fuera de las que son consecuencia de la pérdida de sangre –que no son tan malas– fue la muerte por enfermedad conocida como gripe española. En ella, los enfermos se ahogan en moco, sofocados. Cuando llega el fin se transforman nuevamente en niños, conservando su fuerza de hombres y llenan las sábanas como si fuera un simple pañal, con una vasta y final catarata amarillenta que fluye y avanza aún después de la muerte. De modo que ahora quisiera contemplar la muerte de uno de los que se llaman a sí mismos "humanistas" (1) que es la razón por la cual estamos viviendo aún ese perseverante viajero, Mungo Park, y yo; y tal vez, viviremos lo bastante para asistir a la muerte verdadera de los miembros de esa secta literaria y contemplar su noble fin. En mis meditaciones como naturalista se me ha ocurrido que, aunque el decoro es excelente, si deseamos mantener la raza debemos realizar actos indecorosos, puesto que la misma posición prescrita para la procreación es indecorosa; muy indecorosa. Y se me ha ocurrido que eso es lo que fueron y son esas gentes: criaturas de una cohabitación decorosa. Pero, sin tomar en cuenta cómo han nacido, espero ver el fin de unos pocos y especulo acerca de cómo podrán tratar los gusanos esa esterilidad largamente preservada, con sus folletos de prístina belleza y su lujuria convertida en notas al pie, hechos una verdadera ruina.

Aunque tal vez sea legítimo tratar de esos ciudadanos en la historia natural de los muertos –aunque esa designación nada significa ya en la época en que se publica esta obra– es, no obstante, injusto para los otros muertos, que no murieron voluntariamente en su juventud, que no eran dueños de revistas y muchos de los cuales sin duda ni siquiera habían leído un semanario, a los que hemos visto en los días calurosos con una media pinta de gusanos trabajando allí donde habían estado sus bocas. No siempre hacía calor para los muertos. Gran parte de las veces estaba allí la lluvia que los bañaba por entero –cuando yacían en ella– y ablandaba la tierra, donde estaban sepultados y en ocasiones seguía y seguía hasta convertir la tierra en lodo y ellos quedaban al descubierto y había que enterrar-

una historia natural de los muertos

Por Ernest Hemingway

Siempre me pareció que se ha omitido la guerra como campo de observación para el naturalista. Tenemos encantadores y exactos relatos y descripciones de la flora y la fauna de la Patagonia, escritos por el extinto W. H. Hudson; el reverendo Gilbert White ha relatado cosas interesantísimas de las abubillas, en sus ocasionales y poco comunes visitas a Selborne, y el obispo Stanley nos ha dejado una valiosa, aunque popular, *Historia de los Pájaros*. ¿No podemos acaso ofrecer al lector algunos hechos nuevos y racionales acerca de los muertos? Así lo espero.

Cuando el perseverante viajero Mungo Park se hallaba desfalleciente en la vasta aridez de un desierto africano, desnudo y solo, considerando contados los minutos de su vida; cuando no parecía tener otro recurso que dejarse caer y morir, sus ojos se posaron sobre una flor de extraordinaria belleza. "Aunque la planta entera –dijo– *no era más grande que uno de mis dedos, no* pude completar la delicada conformación de sus raíces, sus hojas y sus flores sin sentir admiración. El ser que había plantado, regado y llevado a la perfección, en esa oscura parte del globo, algo que parecía de tan pequeña importancia, ¿podría contemplar con indiferencia el sufrimiento de las criaturas creadas a su imagen y semejanza? Seguramente, no. Reflexiones como ésta me impidieron entregarme a la desesperación. Olvidando el hambre y la fatiga, seguí adelante, seguro de que el socorro se hallaba cerca, y no quedé decepcionado."

"Con predisposición a maravillarse y adorar de una manera parecida -dice el obispo Stanley–, ¿puede estudiarse cualquier rama de la Historia Natural, sin aumentar la fe, el amor y la esperanza que cada uno de nosotros necesitamos en nuestro viaje por el desierto de la vida?

Veamos, entonces, qué inspiración podemos *hallar en los muertos*.

En la guerra, los muertos, por lo general, son los machos de la especie humana, aunque esto no ocurre en verdad con los animales, ya que con frecuencia he visto yeguas muertas entre los caballos. Otro aspecto interesante de la guerra es que en ella el naturalista tiene la oportunidad de observar la muerte de las mulas. En veinte años de observación en la vida civil no he visto jamás una mula muerta y comencé hasta a abrigar dudas respecto a que estos animales fueran realmente mortales. En raras ocasiones he visto algo que tomé por una mula muerta, pero una observación más cuidadosa me demostró que eran criaturas vivientes que parecían muertas debido a que se hallaban en absoluto reposo. Pero en la guerra, esos animales sucumben casi de la misma manera que el caballo más común y menos rudo.

La mayoría de las mulas muertas que he visto *se hallaban a lo largo de los caminos de mon*taña o yacían al pie de empinados declives, donde habían sido arrojadas para librar el camino de tales estorbos. Parecían hallarse más en su ambiente en las montañas, donde estamos acostumbrados a su presencia y resultaban menos incongruentes allí que donde las vi más tarde, en Esmirna, donde los griegos después de romper las patas a todos los animales que transportaban sus bagajes, los arrojaron desde el muelle al agua para ahogarlos. Aquella multitud de mulas y caballos con las patas rotas ahogándose en las aguas poco profundas, exigía un Goya para que los pintara. Aunque, hablando literalmente apenas podríamos aceptar la idea de que pidieran un Goya, puesto que sólo hubo un Goya –muerto hace mucho tiempo–, y es dudoso en extre*mo que si esos animales hubieran podido pedir* algo, prefirieran una representación pictórica de su situación, en lugar de exigir que los ayudaran en su horrorosa condición.

Con respecto al sexo de los muertos, es un hecho que nos acostumbramos tanto a que todos los muertos sean hombres, que la vista de un cadáver de mujer resulta casi chocante. La primera vez que tuve ocasión de contemplar la inversión del sexo habitual de los muertos fue después de la explosión de una fábrica de materiales de guerra, situada en la campiña cercana a Milán, en Italia. Llegamos a la escena del desastre en camiones, por caminos sombreados por álamos y bordeados de estanques que contenían múltiples diminutas vidas animales, que no pude observar claramente debido a las grandes nubes de polvo que levantaban los vehículos. Al llegar donde había estado la fábrica de municiones, algunos de nosotros fuimos desti*nados al patrullaje alrededor de grandes depó*sitos de municiones, que por una u otra razón no habían estallado. Otros recibieron la orden de combatir un fuego que se había extendido a los campos adyacentes. Al concluir esta última tarea se nos ordenó efectuar la búsqueda de cadáveres en la inmediata vecindad y los alrededores. Hallamos y llevamos a una "morgue" improvisada una buena cantidad de ellos, y debo admitir con franqueza que me sentí asombrado de ver que éstos eran de mujeres, en lugar de hombres, como habitualmente. En aquella época las mujeres no habían comenzado a llevar todavía los cabellos cortos como lo hicieron años más tarde en Europa y América, y lo más perturbador, tal vez, debido a que no era lo que estábamos acostumbrados, fue la presencia y en ocasiones la ausencia de cabellos largos. Recuerdo que después de haber buscado muertos completos, comenzamos a recoger fragmentos. *Muchos de éstos se hallaban alejados de las* alambradas de púas que rodeaban la fábrica y por las partes todavía existentes, de las que hallamos muchas, lejos del perímetro de la fábrica, pudimos darnos cuenta cabal de la tremenda fuerza de la explosión.

A nuestro retorno a Milán, recuerdo que uno o dos de nosotros hablamos del caso y estuvimos de acuerdo en que la calidad de irrealidad y el hecho de que no hubiera heridos, había quitado al desastre mucho del horror que podría haber tenido. El agradable aunque polvoriento retorno a través de la hermosa campiña lombarda también fue una compensación por la desagradable tarea cumplida. Y al volver, mientras cambiábamos impresiones, estuvimos de acuerdo en que había sido en realidad afortunado que el fuego –que había estallado justamente antes de que llegáramos– fuera dominado con tanta rapidez y antes de que alcanzara los grandes montones de municiones que no habían estallado. Estuvimos también de acuerdo en que el recoger los fragmentos era una tarea extraordinaria y que resultaba asombroso que el cuerpo humano volara en pedazos, no siguiendo las líneas anatómicas normales, sino tan caprichosamente como la fragmentación de una granada explosiva.

Un naturalista, para lograr exactitud en sus

> **Lo primero que se observa en los muertos es que, malheridos, mueren como animales. Algunos perecen rápidamente de una herida tan pequeña que no se creería capaz de matar a un conejo.**

observaciones, debe restringir éstas a un período limitado. Tomaré pues, en primer lugar, el que siguió a la ofensiva austríaca de junio de 1918, en Italia, como uno de aquellos en que los muertos se hallaron en mayor número. El ejército austríaco se había visto obligado a hacer una retirada forzosa y luego un avance para recuperar el terreno perdido, de modo que, después de la batalla, las posiciones eran casi las mismas, excepto por la presencia de los muertos. Hasta que se entierran, los muertos cam*bian de aspecto cada día. El cambio de color en* la raza caucásica es del blanco al amarillento, del amarillento al verde, y de éste al negro. Si se deja lo bastante al calor, la carne comienza a parecerse al alquitrán de hulla, especialmente en las heridas desgarrantes, donde se hace visible con claridad la iridiscencia del alquitrán de hulla. El muerto se agranda cada día que pasa hasta que, a veces, se hace demasiado grande para su uniforme, llenándolo hasta que éste parece estar lo suficientemente ajustado para estallar. Los miembros pueden aumentar en toda su periferia hasta un tamaño increíble y las cabezas llegan a estar tan tensas y redondeadas como los globos aerostáticos. Los que más sorprende, luego de su progresiva corpulencia, es la cantidad de papeles que se encuentran diseminados alrededor de los muertos. Su posición final, antes de ser enterrados, depende en gran parte de la colocación de los bolsillos en sus uniformes. *En el ejército austríaco, esos bolsillos* se encuentran en la parte posterior de los *breeches*, y a poco, todos yacen, en consecuencia, boca abajo con los dos fondillos de los bolsillos vueltos del revés y todos los papeles que tenían en los bolsillos diseminados en la hierba, a su alrededor. El calor, las moscas, las posiciones de los cuerpos en el campo de batalla, y la cantidad de papel diseminada a su alrededor son impresiones que se retienen. No puede recordarse, en cambio, el olor de un campo de batalla en tiempo caluroso. Se recuerda que tal olor ha existido, pero nada que nos ocurra podrá hacerlo volver a nuestra pituitaria. Es distinto al olor de un regimiento, que puede llegarnos de pronto mientras viajamos en un automóvil por la calle. Al mirar por las ventanillas, distinguimos perfectamente a los hombres que lo han traído a nuestra nariz. Pero el anterior desaparece por completo de nuestra memoria olfativa, tal como cuando hemos estado enamorados: recordamos las cosas que han ocurrido, pero no podemos reconstruir la sensación.

Nos preguntamos qué podría haber hallado aquel perseverante viajero, Mungo Park, en un campo de batalla, para restaurar su confianza. Siempre hay amapolas entre el trigo a fines de junio y julio; y los árboles de morera se hallan cubiertos de hojas. Pueden verse las ondas de calor elevarse de los cañones ocultos, donde el sol los alcanza a través de la pantalla de las hojas. La tierra se vuelve de un amarillo brillante en los bordes de los agujeros donde cayeron las granadas de gas de mostaza. Pocos viajeros respirarían a pleno pulmón el aire del temprano verano y menos aún pensarían como Mungo Park, en aquellos formados a Su propia imagen.

Lo primero que se observa en los muertos es que, malheridos, mueren como animales. Algunos perecen rápidamente de una herida tan pequeña que no se creería capaz de matar a un conejo. Mueren de pequeñas heridas, como los conejos mueren a veces por dos o tres granos de munición que apenas parecen haberles tocado la piel. Otros mueren como gatos; con el cráneo roto y un trozo de hierro dentro del cerebro; quedan allí tirados durante dos días, como los gatos que se arrastran hasta la carbonera con una bala en el cerebro y no mueren hasta que alguien les corta la cabeza. Tal vez los gatos no mueran entonces, ya que dicen que tienen siete vidas; no lo sé, pero la mayoría de los hombres, en la guerra, mueren como animales, no como hombres. Nunca había visto lo que llaman muerte natural, de modo que culpaba de la muerte a la guerra, y como el perseverante viajero, Mungo Park, sabía que existía algo más, ese algo *más siempre ausente. Por fin lo vi.*

La única muerte natural que observé, fuera de las que son consecuencia de la pérdida de sangre –que no son tan malas– fue la muerte por enfermedad conocida como gripe española. En ella, los enfermos se ahogan en moco, sofocados. Cuando llega el fin se transforman nuevamente en niños, conservando su fuerza de hombres y llenan las sábanas como si fuera un simple pañal, con una vasta y final catarata amarillenta que fluye y avanza aún después de la muerte. De modo que ahora quisiera contemplar la muerte de uno de los que se llaman a sí mismos "humanistas" (1) que es la razón por la cual estamos viviendo aún ese perseverante viajero, Mungo Park, y yo; y tal vez, viviremos lo bastante para asistir a la muerte verdadera de los miembros de esa secta literaria y contemplar su noble fin. En mis meditaciones como naturalista se me ha ocurrido que, aunque el decoro es excelente, *si deseamos mantener la raza* debemos realizar actos indecorosos, puesto que la misma posición prescrita para la procreación es indecorosa; muy indecorosa. Y se me ha ocurrido que eso es lo que fueron y son esas gentes: criaturas de una cohabitación decorosa. Pero, sin tomar en cuenta cómo han nacido, espero ver el fin de unos pocos y especulo acerca de cómo podrán tratar los gusanos esa esterilidad largamente preservada, con sus folletos de prístina belleza y su lujuria convertida en notas al pie, hechos una verdadera ruina.

Aunque tal vez sea legítimo tratar de esos ciudadanos en la historia natural de los muertos –aunque esa designación nada significa ya en la época en que se publica esta obra– es, no obstante, injusto para los otros muertos, que no murieron voluntariamente en su juventud, que no eran dueños de revistas y muchos de los cuales sin duda ni siquiera habían leído un semanario, a los que hemos visto en los días calurosos con una media pinta de gusanos trabajando allí donde habían estado sus bocas. No siempre hacía calor para los muertos. Gran parte de las veces estaba allí la lluvia que los bañaba por entero –cuando yacían en ella– y ablandaba la tierra, donde estaban sepultados y en ocasiones seguía y seguía hasta convertir la tierra en lodo y ellos quedaban al descubierto y había que enterrarlos de nuevo. O bien en invierno, en las montañas había que meterlos en la nieve y cuando ésta se derretía en primavera, algún otro tenía que enterrarlos. Bellos campos de enterramiento tenían en las montañas. La guerra en las montañas es la más bella de todas las guerras y en una de aquéllas, en un sitio llamado Pocol, enterraron a un general a quien un tirador le había atra*vesado la cabeza de una bala. Ahí está cómo se* equivocan esos autores que escriben libros titulados *Los generales mueren en la cama*. Porque este general murió en una trinchera excavada en la nieve muy alta en las montañas, llevando un sombrero alpinista con pluma de águila y que ostentaba al frente un agujero, donde no cabía el meñique, y otro agujero atrás, donde podríamos meter el puño –si era un puño pequeño y si queríamos ponerlo allí.., y mucha sangre en la arena–. Era un gran general, como también lo era el general Von Behr, que mandó a las tropas bávaras del *Alpenkorps* en la batalla de Caporetto y fue muerto en su automóvil de campaña por la retaguardia italiana cuando avanzaba en Udine al frente de sus tropas. Los títulos de esos libros deberían ser *Los generales suelen morir en la cama*, si hemos de mantener alguna exactitud en tales asuntos.

En las montañas, la nieve también cae sobre los muertos, fuera de la estación de primeros auxilios, en el lado protegido por la montaña *misma, de cualquier bombardeo. Los* han llevado sus compañeros a una zanja cavada en la ladera antes de que la tierra se helara. Fue en una de esas zanjas donde un hombre –cuya cabeza había sido rota como se puede romper un jarrón de flores, aunque todavía se mantenía completa sostenida por las membranas y un vendaje hábilmente aplicado, empapado y endurecido–, con la estructura de su cerebro desorganizada por el trozo de hierro que había en él, yacía allí día y noche, noche y día. Los camilleros pidieron al médico que entrara y le echara una mirada. Lo habían visto cada vez que hacían un viaje con los heridos y hasta cuando no

1920: el joven Ernest Hemingway por los días en que París era una fiesta.

> **En las montañas, la nieve también cae sobre los muertos, fuera de la estación de primeros auxilios, en el lado protegido por la montaña misma, de cualquier bombardeo.**



lo miraban, lo oían respirar. Los ojos del médico estaban rojos y tenía los párpados hinchados casi a punto de estallar debido a los gases lacrimógenos. Miró al hombre dos veces; la primera a la luz del día y la segunda a la luz de una linterna. Esa escena de la visita con luz de la linterna podría haber sido un bello motivo para Goya. Después de examinarlo por segunda vez, el médico creyó a los camilleros que decían que el hombre estaba todavía vivo.

–¿Y qué quieren que haga? –preguntó el médico. *No querían que hiciera nada. Pero* después de un rato le pidieron permiso para llevarlo fuera y dejarlo con los heridos graves.

–¡No! ¡No! ¡No! –dijo el médico, que estaba muy ocupado–. ¿Qué pasa? ¿Tienen miedo de él?

–No nos gusta oírlo aquí en medio de los muertos.

–No lo escuchen. Si lo llevan fuera tendrán que volverlo a traer nuevamente.

–Eso no nos importa, capitán doctor.

–¡No! –exclamó el médico–. ¿Me oyen?, ¡no!

–¿Por qué no le da usted una sobredosis de morfina? –preguntó un oficial de artillería que estaba aguardando para que le vendara una herida que tenía en el brazo.

–¿Cree usted que ése es el único caso para el que destino la morfina? -preguntó–. ¿Le gustaría que lo operara a usted sin morfina? Tiene usted una pistola. Vaya y mátelo usted mismo.

–El ya ha sido herido –dijo el oficial–. Si alguno de ustedes los médicos hubiera sido herido se comportarían de otra manera.

–Gracias. Muchas gracias –exclamó el médico blandiendo una pinza–. Mil gracias. ¿Y qué hay de estos ojos? –se los señaló con la pinza–. ¿Le gustaría a usted tenerlos así?

–Gases lacrimógenos. Nos consideraríamos felices si sólo fueran gases lacrimógenos los que nos molestan.

–Y ustedes dejan el frente y corren aquí con los ojos enrojecidos para que los evacuemos. ¡Y a veces sólo se han restregado los ojos con cebollas!

–Está usted fuera de sí. No tomo en cuenta sus insultos. Está usted loco.

Los camilleros entraron.

–Capitán doctor –dijo uno de ellos.

–¡Fuera de aquí! –gritó el médico.

Salieron.

–Voy a matar a ese pobre hombre –exclamó el oficial de artillería–. Soy humano. No puedo dejarlo sufrir. No puedo oírlo gritar.

–¡Mátelo! –gritó el médico–. Mátelo. Asuma usted la responsabilidad, si quiere. Yo elevaré el informe correspondiente. Herido, muerto por un teniente de artillería en el primer puesto de curas de urgencia. ¡Mátelo! ¡Vaya, mátelo!

–Usted no es un ser humano.

–Mi misión es la de curar a los heridos; no la de matarlos. Eso lo dejo para los caballeros de artillería.

–¿Por qué no se preocupa usted de ellos, entonces?

–Ya lo he hecho. He hecho por ellos todo lo que puede hacerse.

–¿Por qué no lo manda usted abajo por el transbordador?

–¿Por qué me hace usted preguntas? ¿Es usted acaso mi superior? ¿Está usted al mando de este puesto de curas? Hágame el favor de contestar.

El teniente de artillería no dijo nada.

Los demás que se hallaban en la habitación eran soldados. No había ningún otro oficial.

–¡Contésteme! –dijo el médico sosteniendo una aguja con las pinzas–. ¡Déme usted una respuesta!

–¡Me c...! –gritó el oficial de artillería.

–¡Ah! ¿Sí? ¿De modo que dice usted eso? Está bien. Está bien. Ya veremos.

El teniente de artillería se puso de pie y se dirigió a él.

–¡Me c... en usted... y en su madre y en su hermana!

El médico le arrojó a la cara un plato lleno de tintura de yodo. Al acercársele, enceguecido, el oficial llevó la mano a su pistola. El médico dio vuelta rápidamente a su alrededor, lo hizo caer y luego le dio varios puntapiés arrancándole la pistola, con sus manos cubiertas de guantes de goma. El teniente quedó sentado en el suelo tapándose los ojos con la mano que no estaba herida.

–¡Lo mataré! –gritó–. ¡Lo mataré en cuanto pueda ver!

–Yo soy el jefe –dijo el médico–. Todo está perdonado desde que usted ha reconocido que soy el jefe. Y no puede matarme porque tengo su pistola. ¡Sargento! ¡Ayudante! ¡Ayudante!

–El ayudante está manejando el transbordador –dijo el sargento.

–Lave usted los ojos a este oficial, con alcohol y agua. Tiene tintura de yodo en ellos. Tráigame la palangana para lavarme las manos. Luego atenderé a este oficial.

–¡No me tocará!

–Sujételo fuertemente. Desvaría un poco.

Entró uno de los camilleros.

–Capitán doctor.

–¿Qué quiere usted?

–El hombre que estaba en la cueva...

–¡Fuera de aquí!

–Ha muerto, capitán. Me pareció que le gustaría saberlo.

–¿Ve usted, mi pobre teniente? Hemos disputado sin objeto. ¡En tiempo de guerra, disputar así por una tontería!

–¡Me c...! –dijo el teniente de artillería. Todavía no podía ver–. ¡Me ha cegado usted!

–No es nada –dijo el médico–. Sus ojos quedarán perfectamente. No es nada. Una discusión sin objeto alguno.

–¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! –aulló de pronto el teniente–. ¡Me ha cegado! ¡Me ha cegado!

–Sujételo fuertemente –dijo el médico–. Siente un dolor muy fuerte. Sujétenlo bien.

(1) Se pide la indulgencia del lector para esta mención de un fenómeno ya extinguido. La referencia, como todos los datos de ciertas "modas" pone fecha al relato, pero la hemos dejado, debido a su ligero interés histórico y porque su omisión habría perjudicado el ritmo de la narración. ■

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Relatos*, por Ernest Hemingway. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Fabril.

los de nuevo. O bien en invierno, en las montañas había que meterlos en la nieve y cuando ésta se derretía en primavera, algún otro tenía que enterrarlos. Bellos campos de enterramiento tenían en las montañas. La guerra en las montañas es la más bella de todas las guerras y en una de aquéllas, en un sitio llamado Pocol, enterraron a un general a quien un tirador le había atravesado la cabeza de una bala. Ahí está cómo se equivocan esos autores que escriben libros titulados *Los generales mueren en la cama*. Porque este general murió en una trinchera excavada en la nieve muy alta en las montañas, llevando un sombrero alpinista con pluma de águila y que ostentaba al frente un agujero, donde no cabía el meñique, y otro agujero atrás, donde podríamos meter el puño –si era un puño pequeño y si queríamos ponerlo allí.., y mucha sangre en la arena–. Era un gran general, como también lo era el general Von Behr, que mandó a las tropas bávaras del *Alpenkorps* en la batalla de Caporetto y fue muerto en su automóvil de campaña por la retaguardia italiana cuando avanzaba en Udine al frente de sus tropas. Los títulos de esos libros deberían ser *Los generales suelen morir en la cama*, si hemos de mantener alguna exactitud en tales asuntos.

En las montañas, la nieve también cae sobre los muertos, fuera de la estación de primeros auxilios, en el lado protegido por la montaña misma, de cualquier bombardeo. Los han llevado sus compañeros a una zanja cavada en la ladera antes de que la tierra se helara. Fue en una de esas zanjas donde un hombre –cuya cabeza había sido rota como se puede romper un jarrón de flores, aunque todavía se mantenía completa sostenida por las membranas y un vendaje hábilmente aplicado, empapado y endurecido–, con la estructura de su cerebro desorganizada por el trozo de hierro que había en él, yacía allí día y noche, noche y día. Los camilleros pidieron al médico que entrara y le echara una mirada. Lo habían visto cada vez que hacían un viaje con los heridos y hasta cuando no



En las montañas, la nieve también cae sobre los muertos, fuera de la estación de primeros auxilios, en el lado protegido por la montaña misma, de cualquier bombardeo.

”

lo miraban, lo oían respirar. Los ojos del médico estaban rojos y tenía los párpados hinchados casi a punto de estallar debido a los gases lacrimógenos. Miró al hombre dos veces; la primera a la luz del día y la segunda a la luz de una linterna. Esa escena de la visita con luz de la linterna podría haber sido un bello motivo para Goya. Después de examinarlo por segunda vez, el médico creyó a los camilleros que decían que el hombre estaba todavía vivo.

–¿Y qué quieren que haga? –preguntó el médico. No querían que hiciera nada. Pero después de un rato le pidieron permiso para llevarlo fuera y dejarlo con los heridos graves.

–¡No! ¡No! ¡No! –dijo el médico, que estaba muy ocupado–. ¿Qué pasa? ¿Tienen miedo de él?

–No nos gusta oírlo aquí en medio de los muertos.

–No lo escuchen. Si lo llevan fuera tendrán que volverlo a traer nuevamente.

–Eso no nos importa, capitán doctor.

–¡No! –exclamó el médico–. ¿Me oyen?, ¡no!

–¿Por qué no le da usted una sobredosis de morfina? –preguntó un oficial de artillería que estaba aguardando para que le vendara una herida que tenía en el brazo.

–¿Cree usted que ése es el único caso para el que destino la morfina? -preguntó–. ¿Le gustaría que lo operara a usted sin morfina? Tiene usted una pistola. Vaya y mátelo usted mismo.

–El ya ha sido herido –dijo el oficial–. Si alguno de ustedes los médicos hubiera sido herido se comportarían de otra manera.

–Gracias. Muchas gracias –exclamó el médico blandiendo una pinza–. Mil gracias. ¿Y qué hay de estos ojos? –se los señaló con la pinza–. ¿Le gustaría a usted tenerlos así?

–Gases lacrimógenos. Nos consideraríamos felices si sólo fueran gases lacrimógenos los que nos molestan.

–Y ustedes dejan el frente y corren aquí con los ojos enrojecidos para que los evacuemos. ¡Y a veces sólo se han restregado los ojos con cebollas!

–Está usted fuera de sí. No tomo en cuenta sus insultos. Está usted loco.

Los camilleros entraron.

–Capitán doctor –dijo uno de ellos.

–¡Fuera de aquí! –gritó el médico.

Salieron.

–Voy a matar a ese pobre hombre –exclamó el oficial de artillería–. Soy humano. No puedo dejarlo sufrir. No puedo oírlo gritar.

–¡Mátelo! –gritó el médico–. Mátelo. Asuma usted la responsabilidad, si quiere. Yo elevaré el informe correspondiente. Herido, muerto por un teniente de artillería en el primer puesto de curas de urgencia. ¡Mátelo! ¡Vaya, mátelo!

–Usted no es un ser humano.

–Mi misión es la de curar a los heridos; no la de matarlos. Eso lo dejo para los caballeros de artillería.

–¿Por qué no se preocupa usted de ellos, entonces?

–Ya lo he hecho. He hecho por ellos todo lo que puede hacerse.

–¿Por qué no lo manda usted abajo por el transbordador?

–¿Por qué me hace usted preguntas? ¿Es usted acaso mi superior? ¿Está usted al mando de este puesto de curas? Hágame el favor de contestar.

El teniente de artillería no dijo nada.

Los demás que se hallaban en la habitación eran soldados. No había ningún otro oficial.

–¡Contésteme! –dijo el médico sosteniendo una aguja con las pinzas–. ¡Déme usted una respuesta!

–¡Me c...! –gritó el oficial de artillería.

–¡Ah! ¿Sí? ¿De modo que dice usted eso? Está bien. Está bien. Ya veremos.

El teniente de artillería se puso de pie y se dirigió a él.

–¡Me c... en usted... y en su madre y en su hermana!

El médico le arrojó a la cara un plato lleno de tintura de yodo. Al acercársele, enceguecido, el oficial llevó la mano a su pistola. El médico dio vuelta rápidamente a su alrededor, lo hizo caer y luego le dio varios puntapiés arrancándole la pistola, con sus manos cubiertas de guantes de goma. El teniente quedó sentado en el suelo tapándose los ojos con la mano que no estaba herida.

–¡Lo mataré! –gritó–. ¡Lo mataré en cuanto pueda ver!

–Yo soy el jefe –dijo el médico–. Todo está perdonado desde que usted ha reconocido que soy el jefe. Y no puede matarme porque tengo su pistola. ¡Sargento! ¡Ayudante! ¡Ayudante!

–El ayudante está manejando el transbordador –dijo el sargento.

–Lave usted los ojos a este oficial, con alcohol y agua. Tiene tintura de yodo en ellos. Tráigame la palangana para lavarme las manos. Luego atenderé a este oficial.

–¡No me tocará!

–Sujételo fuertemente. Desvaría un poco.

Entró uno de los camilleros.

–Capitán doctor.

–¿Qué quiere usted?

–El hombre que estaba en la cueva...

–¡Fuera de aquí!

–Ha muerto, capitán. Me pareció que le gustaría saberlo.

–¿Ve usted, mi pobre teniente? Hemos disputado sin objeto. ¡En tiempo de guerra, disputar así por una tontería!

–¡Me c...! –dijo el teniente de artillería. Todavía no podía ver–. ¡Me ha cegado usted!

–No es nada –dijo el médico–. Sus ojos quedarán perfectamente. No es nada. Una discusión sin objeto alguno.

–¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! –aulló de pronto el teniente–. ¡Me ha cegado! ¡Me ha cegado!

–Sujételo fuertemente –dijo el médico–. Siente un dolor muy fuerte. Sujételo bien.

(1) Se pide la indulgencia del lector para esta mención de un fenómeno ya extinguido. La referencia, como todos los datos de ciertas "modas" pone fecha al relato, pero la hemos dejado, debido a su ligero interés histórico y porque su omisión habría perjudicado el ritmo de la narración. ■

1920: el joven Ernest Hemingway por los días en que París era una fiesta.



Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Relatos*, por Ernest Hemingway. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Fabril.



NUMERO OCULTO

Cada esquema da pistas con las que usted podrá deducir un número compuesto por cuatro cifras distintas (elegidas del 0 al 9), que no empieza con cero. En la columna B (de Bien) indicamos cuántos dígitos hay allí en común con el número buscado y en la misma posición. En la columna R (de Regular) se indica la cantidad de dígitos en común pero en posición incorrecta.

A

				B	R
				4	0
6	7	2	9	2	0
8	2	3	1	1	0
4	1	3	5	0	1
8	9	2	6	0	1

B

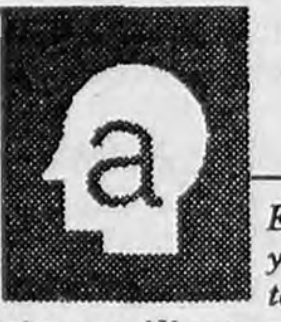
				B	R
				4	0
3	7	6	0	1	2
5	6	3	0	1	2
3	4	0	1	0	2
2	7	8	5	0	1

C

				B	R
				4	0
8	2	9	4	2	0
3	1	7	5	1	0
2	4	9	7	0	1
6	3	5	4	0	1

D

				B	R
				4	0
2	3	5	4	2	0
5	3	6	4	2	0
9	7	8	1	1	0
2	9	6	3	0	2



CRUCIGRAMA CON PISTAS

*En este crucigrama no se dan definiciones, sino pistas: **generales, horizontales** y **verticales**. Además, se incluye un cuadro con todas las letras que intervienen. De todos modos, si con la ayuda de estas pistas no logra resolverlo, puede recurrir a las **pistas auxiliares** que aparecen invertidas al pie de página.*

PISTAS GENERALES

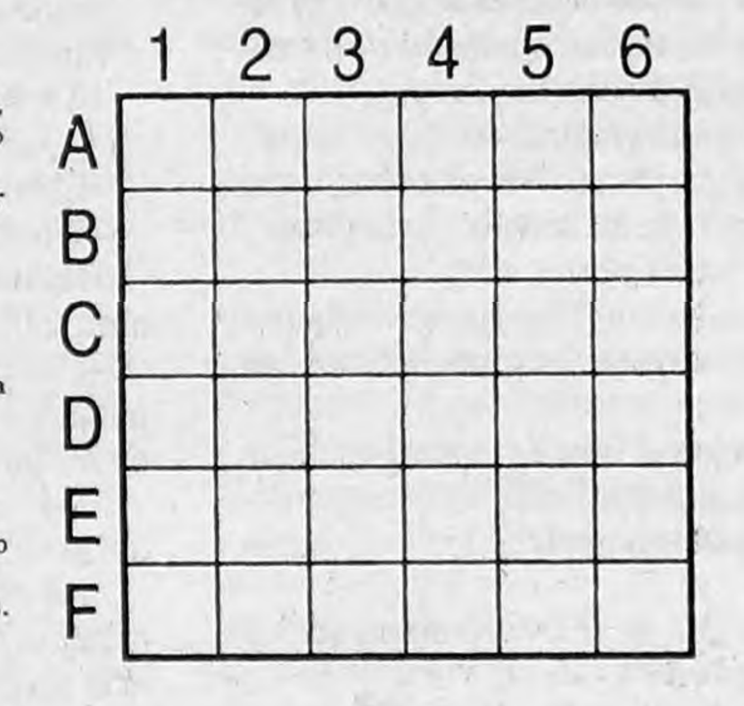
- Hay dos cuadritos negros que están pegados.
- Son nueve palabras de seis letras, una de cuatro, dos de tres y dos de dos, muchas de las cuales no tienen alternancia de vocales y consonantes.
- Con las letras de las esquinas, se puede formar la palabra **COSA.**

PISTAS HORIZONTALES

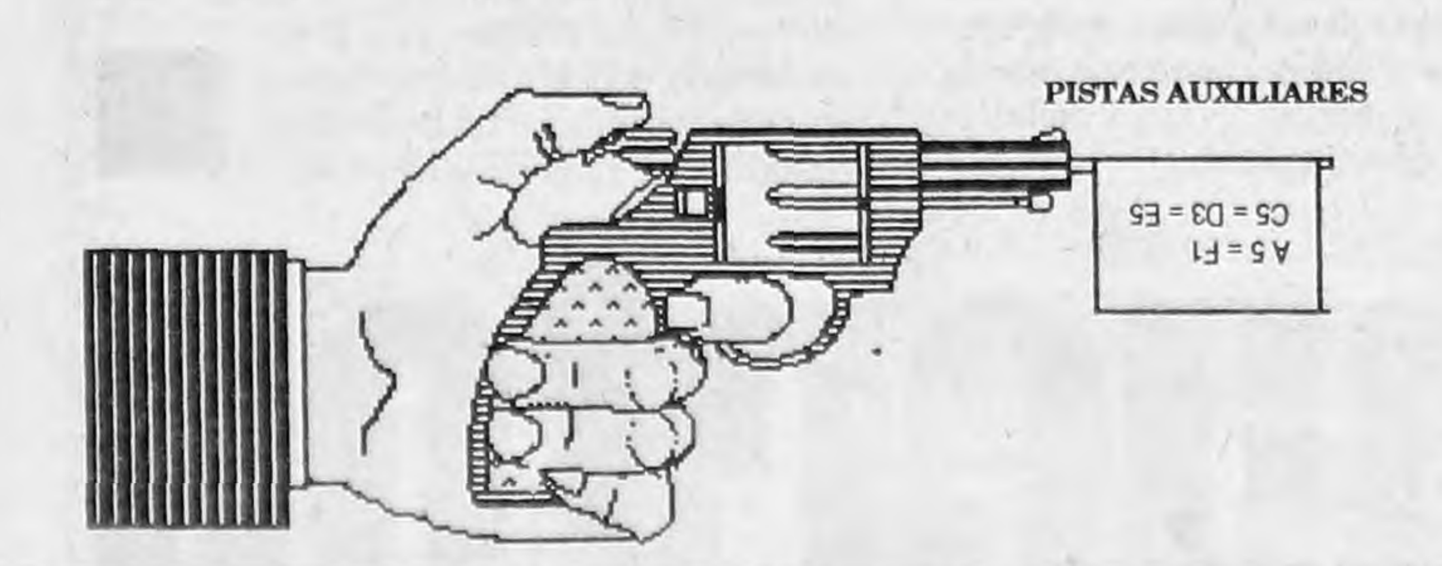
A. Es un plural con sólo dos vocales: una **A** y una **O**.
B. Es anagrama de **TAPERA.**
C. Un verbo conjugado que incluye la única **U.**
D. Aquí hay una **R**, una **S** y dos **T.**
E. Son dos palabras separadas por un cuadrito negro.
F. Aquí hay un vocablo de dos letras y otro de tres.

PISTAS VERTICALES

1. Es un conocido apellido y también un verbo conjugado.
2. Es un verbo en infinitivo que incluye la única **P.**
3. Palabra femenina cuya única letra repetida es la **A.**
4. Es una preposición de cuatro letras.
5. Aquí hay dos **I** y ninguna **A.**
6. No es un plural, pero tiene dos **S.**



A	A	A	A	A	A	A	C	C
E	E	I	I	I	M	O	O	P
R	R	R	R	R	S	S	S	S
S	S	T	T	T	T	U		



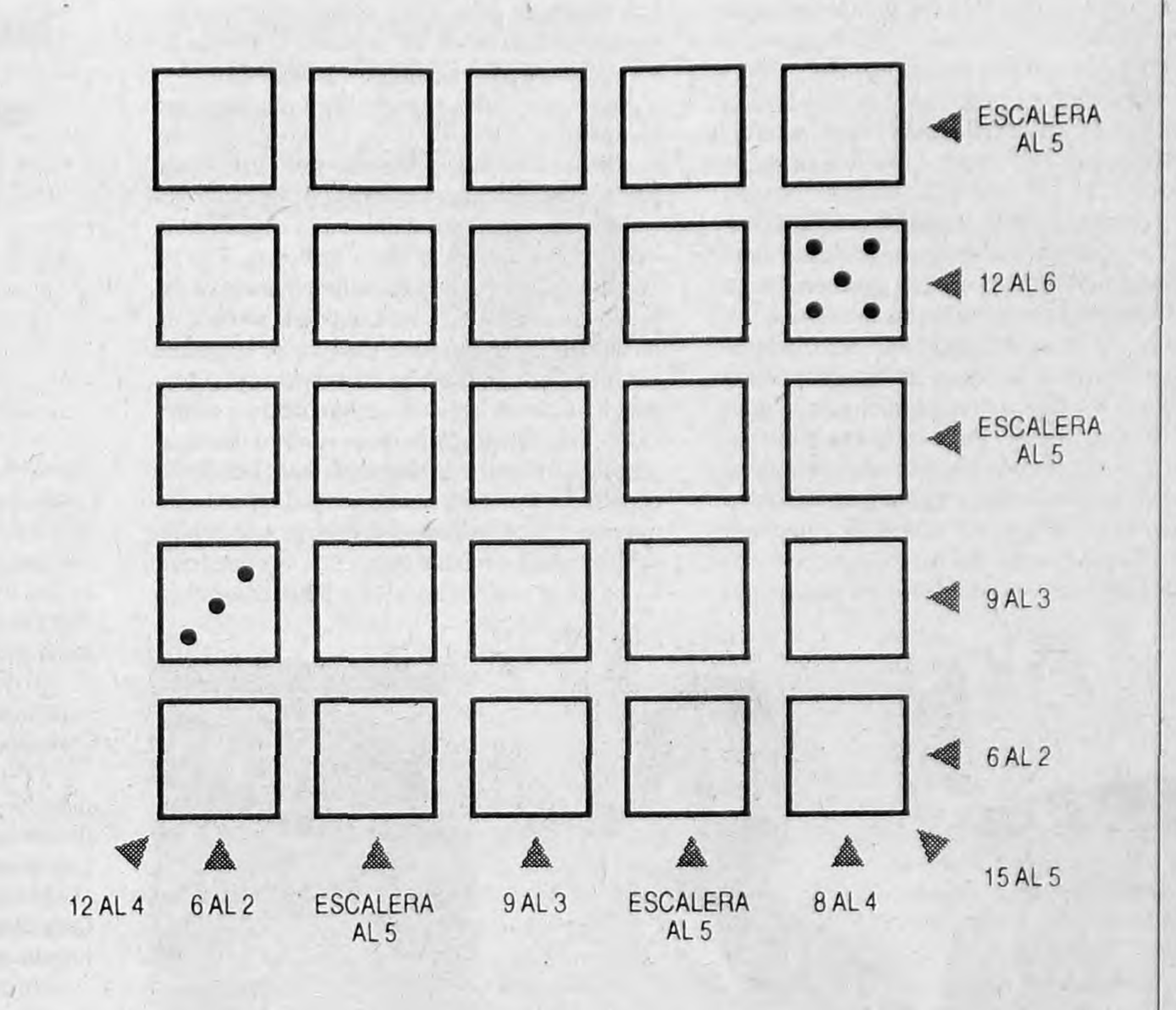
PISTAS AUXILIARES

(invertidas)
A5 = F1
C5 = D3 = E5



CUBILETE

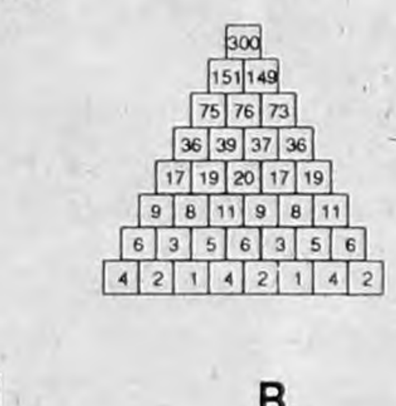
En este cuadro hay 25 dados, a los cuales, en su mayoría, les faltan los puntos. Usted sabrá proveerlos a partir de las combinaciones que se indican en cada fila, columna o diagonal, más las pistas dadas. Los juegos son: REPOKER: 5 dados iguales; POKER: 4 iguales y uno distinto; FULL: 3 de un valor y 2 de otro; ESCALERAS: "al cinco" (1, 2, 3, 4, 5), "al seis" (2, 3, 4, 5, 6) y "al as" (3, 4, 5, 6, 1). En los demás casos se indica el dado que más se repite y su suma. Por ejemplo: (5, 1, 3, 1, 2) es "Dos al as", y (2, 4, 5, 2, 5) es "Cuatro al dos", porque habiendo dos pares se anuncia el más bajo. Los juegos pueden aparecer desordenados y no hay límite para la repetición de los valores.



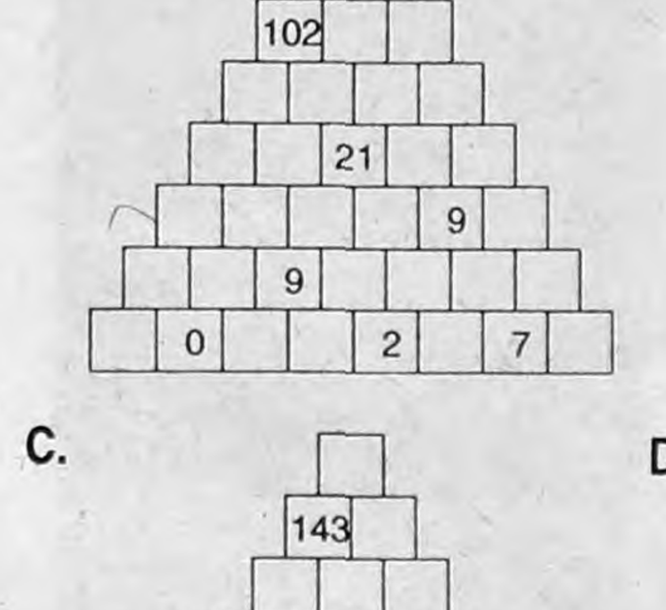


PIRAMIDES NUMERICAS

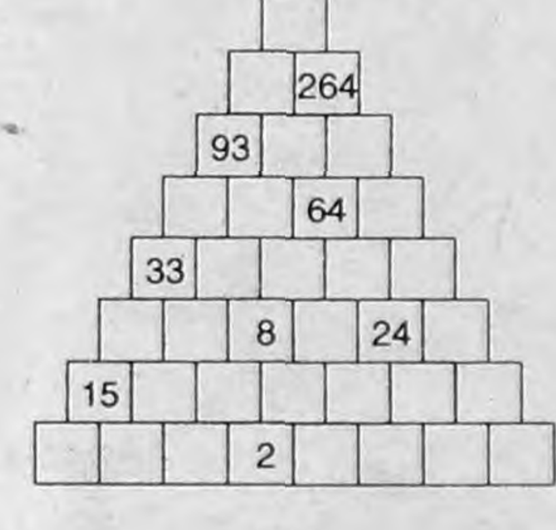
Complete las pirámides colocando un número de una o más cifras en cada casilla, de modo tal que cada casilla contenga las sumas de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados; y como ejemplo, una pirámide ya resuelta.



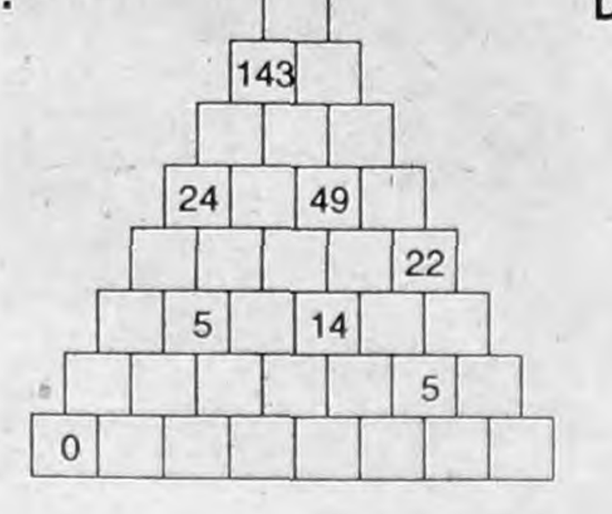
A.



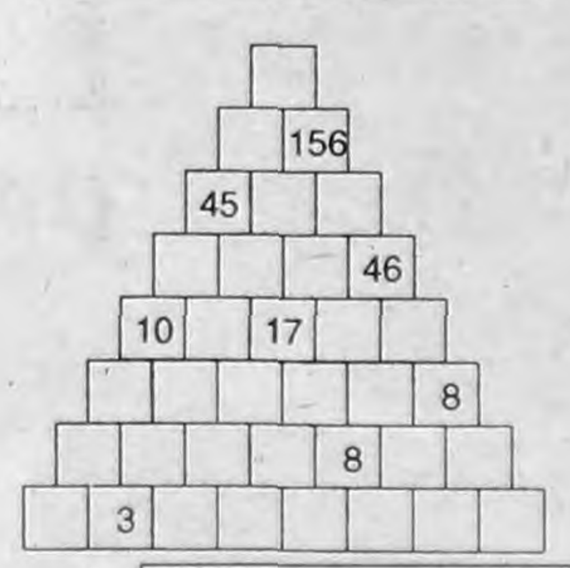
B.



C.



D.

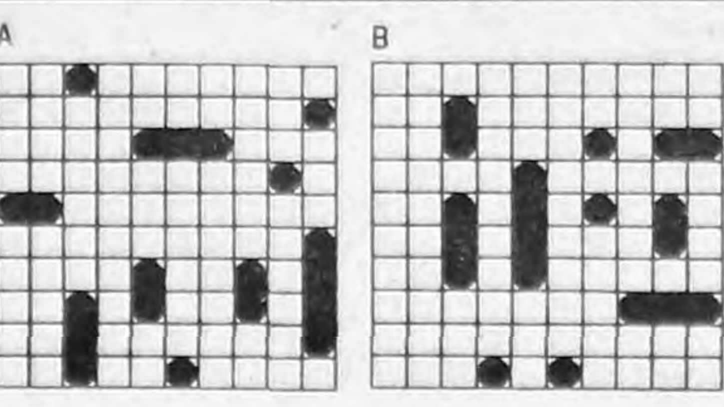


Soluciones del número anterior

PALABRA OCULTA

A. Ayuda.
B. Brisa.
C. Ovalo.
D. Avena.
E. Friso.
F. Aviso.

BATALLA NAVAL



CRUCIGRAMA



O	■	E	S	G	R	I	M	A	■	F
B	A	T	I	A	■	R	A	S	G	A
T	R	A	E	R	■	E	M	A	N	E
U	D	■	T	R	I	N	A	■	O	N
R	E	■	E	A	■	E	R	■	M	E
A	D	A	■	■	O	■	■	P	O	R
R	■	M	A	T	R	O	N	A	■	O
■	R	E	N	A	C	U	A	J	O	■
S	O	N	■	N	A	L	■	I	S	A
I	Z	A	D	O	■	A	R	T	A	L
N	A	S	A	S	■	R	I	A	D	A

INDOMINO

A

2	1	0	3	5	3	1
1	5	2	2	4	5	3
1	5	0	3	1	6	0
5	4	5	3	4	1	6
4	5	4	0	3	1	0
2	2	5	6	1	2	3
2	6	3	0	0	6	6
6	2	0	4	6	4	4

B

1	0	5	3	6	5	5
6	6	5	1	4	1	4
2	0	0	2	4	2	1
1	3	0	2	4	6	2
6	3	0	1	6	1	1
6	2	4	5	3	3	4
0	5	4	0	3	3	0
5	5	4	6	2	3	2